

Hablar de los indios*

En cierta forma, alegre por demás, llegar a ser etnógrafo no es más que convertirse en hablador; no es más que ser aquel que cuenta, a un público de asombrados oyentes, la experiencia de un tiempo y un espacio creadores de *otredad*, de *otro mundo*. Hablar, contar, decir, tal vez escribir, lo que vio, le dijeron, sucedió y reflexionó durante ese andar en que imitó otra senda alejada de las que señalan los valores y normas dominantes en el mundo de origen. Exótico y magnético, el etnógrafo es quien reparte, en audaces momentos, fragmentos de un saber que solamente corresponden al grupo que en su día visitó, y eso siempre en la medida de la intensidad con que vivió o vive la experiencia, de acuerdo con el nivel de profundidad alcanzado en el manejo de los símbolos más étnicos de aquella cultura. Puente es, testigo del paso por su lomo de sorprendentes intercambios, de peregrinaciones y vaivenes, posiciones y yuxtaposiciones de un lado a otro, y está obligado a confesarse en el agua del río que discurre a sus pies para que, sabiendo qué decir, su palabra llegue a un mar hipotético en donde todo se difumine y se haga mito, fugacidad y eco de la voz del etnógrafo.

No otra cosa hace el etnólogo, aquel que cree saber lo que vivió el etnógrafo, el porqué de sus pasos, su vida y sus milagros. El etnólogo habla en universidades donde el hombre se hace conociendo y conociéndose, facultades grotescamente convertidas en cárceles o en aulas o escuelas de angustia donde el maestro actúa como doctor, alentador, consuelo y chivo de expiaciones. Y los alumnos preguntan, la televisión pregunta, el periodista pregunta y él, enfundado en su torre de marfil, construida con la imagen de algún elefante blanco que contempló en su último trabajo de campo africano, habla, contesta, orgulloso, solemne o sonriente ante el asombro que despierta en los rostros de los entrevistadores.

Pero ¿hablar de los indios? ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo vencer los obstáculos epistemológicos, aun con sus rupturas por las que a veces es posible lograrlo, y los prejuicios varios de los que hay que desprenderse para entrar a compartir el espíritu de ese *otro* tan vastamente construido con la invención del *in-*

dio, parte de otra invención más estremecedora: la de América? ¿Por dónde empezar? ¿Por dónde acabar? ¿Qué círculos? ¿Qué vacíos? ¿Qué censurar y qué alabar? ¿A quién y cuándo?

Sin tantos cuestionamientos, el *sentido común* —como un monstruo pensante, amalgama de embustes y pasiones, personaje invisible que a todos nos cimienta—, sin detenerse en tanta interrogante ni *a priori*, sin saber latín, habla de los indios y emite un sinfín de juicios y emociones, y también de temores. En realidad, cualquiera habla de los indios, dice cosas de aquellas que sacuden el corazón y el estómago de quienes, en alguna ocasión, por algún tiempo, tomaron su mano de cobre para hallar un camino, como dice la canción. El sentido común habla de los aspectos más siniestros de la vida que lleva ese archipiélago de pequeñas, grandes o medianas constelaciones que se agrupan en la magna galaxia de *los indios*. Lo que de numinoso y marginal tiene el mundo indígena se mezcla con la nube



* Publicado el 14 mayo de 1989 en el suplemento *La cultura en occidente* del diario *El Occidental* de Guadalajara, Jalisco, como colaboraciones para el Laboratorio de Antropología de la Universidad de Guadalajara.

de fantasmas, horrores y ansiedades del hablador común, y un sincretismo siempre cambiante va transformando también una figura, la del indio, que adquiere insospechadas dimensiones, mil y una formas, como exóticas y terroríficas noches.

Para salir de dudas, de cualquiera de aquellas que Descartes destapó de su aún misteriosamente imposible *caja de pandora*, surge —como otra nueva virgen salvadora— *la ciencia*, y de algún mágico establo o refugio burocrático manda llamar al hijo adecuado, milagrosamente concebido, para dar veredicto, usar la palabra justa, poder hablar con el rigor preciso sobre los indios. La ciencia prepara al etnógrafo proporcionándole datos, medidas, historias y métodos que estimulan, dirigen y estructuran los centros de atención a fenómenos claves, circunstancias matrices, relaciones ocultas, en el lenguaje específico de la ciencia. Y el círculo se cierra una vez más, puesto que el científico informe llevará la duda a la gran mente del sentido común de la masa, y ésta podrá seguir sembrando mitos, rumores, chismes y errores que obligarán a la actuación de nuevos emisarios, nuevos etnógrafos, en busca de una palabra siempre esquiva en una rueda que todo lo mueve.

Si yo hablara del indio, empezaría diciendo que la bruma del tiempo se cierne sobre la memoria del indudable primer encuentro. Mi voz se haría difusa y mi mirada entrecerrada queiría ver por encima de las cosas, al vacío y a lo lejos, algún niño jugando con figuras de goma representando extraños personajes de un mundo nunca antes visto. Seres semidesnudos o con atuendos magníficamente elegantes —siempre en contraste con las humildes vestiduras infantiles—, armados con instrumentos ya caducos, pero que fácilmente era posible construir, como lanzas, arcos, flechas, escudos y pinturas con los que el juego se confundía en el sueño, la imaginación con la fantasía, para que de todo ese desbordamiento incontrolable surgiera algo más simple que era la propia vida, esa que el tiempo pretende que olvidemos. ¿Era yo quien ponía voz a sus palabras cuando se defendían de los otros muñecos que, vestidos de azul en caballos

igualmente de látex, pretendían masacrarlos? O ¿eran ellos los que dictaban a mi conciencia las voces que después, ahora, escucho como un eco de niñez y trato de pronunciar sin que el tono se quiebre? Entonces, empezaría diciendo que, al principio, los indios fueron juguetes míos o del vecino amigo de la infancia, secretos que guardaba en la alcoba que nunca tuve. Me obedecían, triunfaban o eran derrotados; por mí morían, por mí resucitaban, hasta que se fueron perdiendo, olvidando, enterrados en el lodo del jardín, dejados en un bote de basura. Pasaron a otras manos más pequeñas como se fue perdiendo la inocencia de mi rostro, como se alejó mi cabeza del suelo y como pasó indolente el tiempo, dejando únicamente bruma, bruma.

Todo sería distinto si tuviera que hablar de los indios desde el presente en que todavía vivo entre ellos, real, biológicamente. Si tuviera que decir la conclusión —el resultado auténtico de aquel primer encuentro simbólico y ficticio en apariencia, presagio de un destino—, diría que soy en gran medida juguete de sus signos, plástico entre sus dedos, mudo ante sus palabras, un constante ignorante de sus sabidurías y de los ritos en los que muero y resucito sin cesar. Hablaría no de las heridas de juguetes hallados en cajas enormes de detergente con olor a limpio artificial y sabor a burbuja, sino de mis heridas habidas en andares perpetuos por regiones que, firmes, desafían cualquier ensueño. Pero acabaría cualquier discurso con una fe tenaz en el futuro de un saber antiguo que cura penas y angustias de una malentendida *sobrevivencia*, y cerraría mi boca con algún alimento o fermentado, prefiriendo el silencio o la voz del anciano, del abuelo cantando al calor y la luz de una fogata, mientras pierdo la vista —esta vez adelante— a través de la cristalina claridad de una lágrima.

La historia de mis indios está, pues, dentro del arco que limita aquel principio y este final, ambos deformes, ricas realizaciones de un anhelo. Y dibujar el cuadro como un rompecabezas será *hablar de los indios*, convencido de que, en tanto haya palabra, habrá existencia.

